

CAPÍTULO X

LA AUTORIDAD DE LA ESCRITURA EN LA CULTURA CALVINISTA

La cultura, como hemos visto, es la expresión de la religión de un pueblo en la conquista de la naturaleza y en el cumplimiento de su llamado en la tierra. Toda religión depende de la revelación y vive por la autoridad. Históricamente el Cristianismo ha aceptado la revelación especial de Dios puesta por escrito en la Biblia como la autoridad final. En esta formulación el acto de revelar se distingue del registro de la revelación, pero, para todos los propósitos prácticos, la iglesia a lo largo de la historia ha aceptado las Sagradas Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento como la Palabra del Dios viviente. El Calvinismo, también en sus aspectos culturales, propone continuar en esta posición histórica, no dispuesto a aceptar la iglesia, o la conciencia religiosa, o algún otro sustituto en lugar de la Palabra.

El Calvinista sostiene que la Palabra de Dios tiene la autoridad final y absoluta, y que es clara y suficiente en todo lo relacionado a la fe y a la conducta. Constituye el punto de referencia final para el pensar, la voluntad, el actuar, el amar y el odiar del hombre, para su cultura lo mismo que para

su culto. Una cultura piadosa busca conocer y realizar la voluntad de Dios, quien es creador y Señor. La pregunta de los discípulos a Jesús, “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6:68), es aquí aplicable. ¿Cómo podría el hombre, quien es finito, conocer el propósito de su existencia sin la revelación del creador? Puesto que la cultura es una cuestión de fines y significados, y estas a su vez dependen de los orígenes y de la naturaleza, ¿cómo llegaría el hombre alguna vez a un verdadero entendimiento de sí mismo, del mundo, y de su lugar en el cosmos, sin la revelación? Job verdaderamente planteó la gran pregunta, “¿De dónde, pues, vendrá la sabiduría?” (Job 28:20). Dios es la fuente de todo conocimiento y sabiduría. El temor del Señor es el principio de la sabiduría (Prov. 9:10). La cuestión más inquietante y atormentante de nuestra cultura Occidental es exactamente esta preocupación por el significado de la vida, significado a través del cual el hombre se vuelve consciente de la totalidad de su existencia.

La crisis misma de nuestra cultura Occidental, según Tillich, es la ansiedad

por el sin sentido que la acosa. Esta es la “ansiedad por la pérdida del interés por lo último, de un significado que dé significado a todos los significados. Esta ansiedad es causada por la pérdida de un centro espiritual, de una respuesta, por muy simbólico e indirecto que sea, a la cuestión del significado de la existencia.”¹ Pues significado implica totalidad y propósito. En tanto que el hombre tenga que ver solo con los detalles, con los muchos fenómenos, su mente no está en reposo; pues hay dentro de él una urgencia, un fuerte impulso, de ver la unidad tras la diversidad, de encontrar el uno entre los muchos. Brunner llega tan lejos como para decir que “el significado es, por lo tanto, un factor fundamental de la cultura y la civilización. No solo eso, uno puede incluso decir que la cultura es la materialización del significado. La cultura es la creación de unidades que existen solo para el espíritu.”² Pero el Profesor Dooyeweerd le supera cuando sostiene que el significado es el modo de todo ser creado. “*Significado* es el *ser* de todo lo que ha sido *creado* y de la naturaleza, incluso del estado o ser individual. Tiene una *raíz religiosa* y un *origen divino*.”³

Existe especialmente un aspecto de la cultura del hombre que se ocupa de los significados, y es una reflexión de todo lo que el hombre busca lograr y realizar. Nos referimos a la filosofía. Pues el carácter apropiado del pensamiento filosófico, del cual no se puede hacer caso omiso jamás con impunidad, “es el pensamiento teórico dirigido a la *totalidad del significado* de nuestro cosmos temporal” (Dooyeweerd, *op. cit.*, p. 4). Sin embargo, esto requiere una auto-reflexión crítica, lo cual fue reconocido por los antiguos. Fue expresada en la máxima: “Conócete a ti mismo,” escrita sobre los portales de la escuela de filosofía de Aristóteles. Esta auto-reflexión crítica es importante porque la filosofía es siempre impulsada por un ser que trasciende el proceso del pensamiento teórico. El “yo” involucrado en el pensamiento filosófico (la empresa cultural) debe elevarse por encima del proceso en el que está involucrado y aún así estar envuelto en la totalidad del significado. Por lo tanto, no existe un punto de partida neutral, puramente teórico, en la filosofía y en la cultura como un todo. El intento del hombre de entrar la totalidad del significado no surge a partir del pensamiento científico auto-suficiente sino de las profundidades religiosas del corazón, el cual no puede ser neutral. Dooyeweerd se refiere al punto de partida de la filosofía y de toda cultura por el término punto de Arquímedes (*Op. cit.*, pp. 4-21). El término se deriva de Arquímedes, un físico Griego (ca. 250 A.C.), quien supuestamente declaró que si se le diera un *pou sto*, un lugar fijo externo a la tierra, sería capaz de moverla. Ningún hombre puede salirse de su propia piel; esto es, nadie puede librarse de la subjetividad del ser interior. No obstante, el hombre necesita un punto de observación por encima de la diversidad en

-
1. Paul Tillich, *El Coraje de Existir* (New Haven, 1952), p. 47.
 2. Emil Brunner, *Cristianismo y Civilización* (New York, 1948), I, p. 61.
 3. H. Dooyeweerd, *Una Nueva Crítica del Pensamiento Teórico* (Filadelfia, 1955), pp. 4-21, de la que se ha escrito una introducción popular escrita por J. M. Spier, tr. por D. H. Freeman, “*Una Introducción a la Filosofía Cristiana*” (Filadelfia, 1954), cf. pp. 1-24. También cf. K. J. Popma, “Het Uitgangspunt van de Wijsbegeerte der Wetsidee,” en *De Reformatie van het Calvinisticsh Denken*, ed. por C. P. Boodt (S Gravenhage, 1939), pp. 7-33.

el cosmos, un punto que en sí mismo trasciende el pensamiento teórico.

Tal punto de Arquímedes, según el Profesor Dooyeweerd y su escuela de filosofía Cristiana, se halla en el corazón, pues de él mana la vida (Prov. 4:23). El corazón forma el punto de concentración del ser del hombre; es la raíz religiosa de su existencia. Trasciende todas las funciones vitales y separadas a través de las cuales se expresa a sí mismo, como por ejemplo, el sentimiento, el pensamiento y la fe. Por el acto de la regeneración por medio del Espíritu de Dios, el corazón conoce la verdad y es liberado de su apostasía. De esta forma la vida total del hombre es redirigida. Pablo testifica de esto jubilosamente, “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (II Cor. 5:17). Pero “no es posible dar una definición conceptual científica del corazón, porque como el centro de toda nuestra existencia, el corazón es la más profunda presuposición (creada) de nuestro pensamiento” (Spier, *op. cit.*, p. 16). Es a través de la fe que el hombre recibe la revelación de Dios en este punto. El creyente acepta humildemente lo que Dios revela en su Palabra en lo concerniente a la verdadera naturaleza del hombre, su origen y su destino. También la relación pactal del hombre para con su creador, la religión, la cual determina su cultura, es un asunto de revelación. Esta relación y su revelación trascienden la percepción teórica, pues ellas constituyen la presuposición de toda la especulación filosófica del hombre y de su empresa cultural. Y la razón por la cual no puede haber neutralidad es por el hecho de que el hombre en su corazón o está vinculado con Dios y su Palabra o a algún ídolo, un dios falso proyectado por la imaginación del hombre.

Además, es argumento de los Calvinistas de que lo que aquí ha sido afirmado se aplica no solamente a él mismo, sino que es igualmente cierto del no Cristiano en su empeño cultural. Pero puesto que su corazón no pertenece a Cristo y no participa de su unción,⁴ trata de separarse a sí mismo de la revelación de Dios. Como consecuencia no conoce la Verdad, la cual hace al hombre libre (Juan 8:32). Por tanto, el corazón apóstata del no creyente busca paz y seguridad en algún aspecto del mundo creado, el cual es entonces deificado y adorado. Tal deificación de los poderes de la naturaleza ocurrió entre los Cananitas, mientras que los Griegos deificaron los poderes culturales del hombre en su sociedad de dioses sobre el Monte Olimpo. Hoy el hombre deifica su propia razón y poder a través de la adoración del gran dios, la Ciencia. La parte trágica, desde el punto de vista de la autoevaluación crítica, es el hecho de que la cultura no-Cristiana en su filosofía rehúsa reconocer su punto de partida religioso. Esta resistencia a considerar los límites de su propia filosofía y cultura describe gráficamente la naturaleza carente de espíritu crítico de toda la filosofía no-Cristiana inmanentista.⁵ Pues el pensamiento no-Cristiano comienza por deificar algún aspecto de la realidad, a saber, en la cultura contemporánea, el poder de razonamiento del hombre. De esta forma, el hombre moderno, al convertir en absoluto el

4. Cf. *Catecismo de Heidelberg*, Día del Señor 12, p. 32.

5. H. Dooyeweerd, *Problemas Trascendentales del Pensamiento Filosófico* (Grand Rapids, 1948), que constituye una investigación en las condiciones trascendentales de la filosofía. Dooyeweerd sostiene que “una teoría no preenjuiciada es excluida por la naturaleza misma del pensamiento teórico.”

pensamiento científico, la voluntad por el poder o el coraje de ser, vuelve su corazón hacia la apostasía en lugar de hallar reposo en Cristo, quien da reposo al cansado (Mat. 11:28). Esto es característico de toda inmanencia (aquello que reside en el interior) filosófica y cultural; está perdido dentro de su esfera, como afirmó Calvino con respecto a Platón.

El otro aspecto del significado concierne a la finalidad o meta por el cual un acto es iniciado y una vida es vivida. La cultura Calvinista señala por encima y más allá de sí misma. El arar un campo y la siembra del mismo para recoger una cosecha de trigo, el forjado de un martillo y la preparación de las tablas para la construcción de una casa, ambas tienen significado para la satisfacción de la necesidad física del hombre. Y debe concederse que mucho de la muy variada actividad del hombre tiende hacia la auto-preservación y la propagación de la raza.⁶ Pero este es solamente el sustrato biológico de la existencia espiritual del hombre quien busca seguridad más allá del tiempo, puesto que el espíritu del hombre se halla en inquietud hasta que halle su reposo en Dios, como señaló Agustín. Y es en este punto donde se mezclan el propósito y la totalidad del significado, a saber, en el servicio a Dios. Este es el fin principal y el gozo del hombre, hacia el cual es llamado en Cristo, el Renovador de la creación y de la cultura. Pues el Hijo de Dios ha sido ungido para ser el Cristo, el segundo Adán, y como tal es el Renovador de todas las cosas. En Él todas las cosas son reconciliadas con Dios de manera que la cultura del hombre una vez más se torna un panegírico para Dios

(cf. Spier, *op. cit.*, p. 19). Esta solución Cristiana del problema del significado dio una vez estabilidad y homogeneidad a la cultura de Occidente, pero el rechazo de esta visión ha lanzado a la cultura Occidental en una confusión de la cual no ha emergido todavía. Pero la solución Calvinista es la única alternativa real a la filosofía de la desesperación apoyada por Heidegger y Sartre, y la cultura deshumanizante del Nazismo y del Comunismo, los partidarios del totalitarismo político. Pues si Dios está muerto, como Nietzsche afirmó tan confiadamente, entonces el *Coraje de Ser*, por el cual abogaba Paul Tillich, es peor que silbar en la oscuridad, pues los terrores que hacen que los corazones de los hombres desmayen de temor no son imaginarios sino reales. Realmente es una cosa espantosa caer en las manos de un Dios vivo (Heb. 10:31). Sin embargo, el hombre no está dispuesto a pagar el precio que se debe pagar para obtener la plenitud de significado y la totalidad por la cual suspira, a saber, el arrepentimiento. El hombre moderno rehúsa creer el Evangelio, que es la revelación e interpretación autoritativa de Dios, que provee la verdadera perspectiva de la cultura como significado.

Entonces, la moderna cultura no Cristiana es crítica de las Escrituras, puesto que, según su estándar, ellas simplemente encarnan una tradición humana. Su propia carta de libertad, que elogia la soberanía de la personalidad humana y reverencia la autonomía de la mente del hombre, prohíbe cualquier otro rumbo. Sin duda su concepción de que nada humano está más allá del rango de la crítica del hombre es válida; pero los creyentes no aceptamos la implicación de que las Escrituras Cristianas sean

6. Cf. Brunner, *op. cit.*, I, pp. 62-67.

un documento de origen meramente humano. Hacer esto sería rendir la totalidad del sobrenaturalismo Cristiano, lo que presagia el fin del Cristianismo mismo. Sin embargo, debe notarse como una triste reflexión sobre el Cristianismo histórico, que muchos que se llaman a sí mismos discípulos de Cristo niegan la relevancia de la Escritura, haciendo de la experiencia religiosa la corte final de apelación. En un sentido, esto es cierto de todos los movimientos pietistas que se alejan del mundo en una negación Anabaptista, entre quienes K. Barth también encuentra un lugar. Pero aún entre aquellos que creen en la realidad presente del reino como la esencia del Evangelio, la Biblia no tiene, en gran medida, ninguna relevancia. Los tales son no solamente los liberales de antaño quienes afirmaban que la experiencia de dos guerras mundiales les había hecho escarmentar y ha purgado la levadura de su fe evolucionista en la perfectibilidad del hombre, sino también una hueste de liberales más nuevos y semi-Barthianos como Caillet,⁷ quien coloca la autoridad en la iglesia. Luego están eruditos como Tillich, Corner, Meland, los Niebührs, ninguno de los cuales toma seriamente la Palabra de Dios como autoritativa para el hombre como ser cultural. Para la mayoría de este último grupo la Escritura habla solo simbólicamente, de manera que nunca tiene un mensaje literal. Además, postulan una gran separación entre Dios y el hombre como criatura. Sin embargo, la Escritura describe a la criatura como teniendo compañerismo con su Dios. Habla del pecado como el divisor por el cual la tierra fue maldecida y el hombre se volvió un

extraño y un exiliado de Dios.

El Calvinista, por otra parte, no toma la visión estrecha de que la Escritura meramente revela el camino para la salvación del pecado. Para él la Biblia es también su libro fuente como una criatura cultural. Esta delinea los principios guía para la totalidad de su ser. En la Escritura se establecen el origen, naturaleza y meta del mundo, el hábitat del hombre, y del hombre como portador de la imagen de Dios. Entonces, la Palabra de Dios no es meramente un correctivo, sino que es regulativa; sus principios básicos se deben convertir en elementos constitutivos en una filosofía cultural Calvinista. Claro, todo lo cual no significa que el Calvinista va a sustituir los hechos de la ciencia y de la historia con la Biblia. Si alguien se dedicara a la política o a la economía, la ciencia o al arte, naturalmente debe estudiar los hechos disponibles, cualesquiera que estos sean, y en cualquier lugar donde estén disponibles. Sin embargo, tal estudiante en cualquier campo en el que trabaje debe orientar su estudio por la Palabra, la cual es normativa y le da al hombre la verdad última acerca de todos los hechos. El Calvinista cree con su padre espiritual, Calvino, que Dios se revela a sí mismo en la naturaleza y en la historia y en la misma constitución del hombre mismo (*Institución*, I, 5, 6). Sin embargo, el verdadero significado de esta revelación no se entiende correctamente sin los anteojos de la Palabra de Dios (*Ibid.*, I, 6, 14). Esta necesidad se debe a los efectos objetivos, lo mismo que subjetivos, del pecado, a saber, la maldición sobre la tierra y la oscuridad que se afincó en la mente humana. Como consecuencia, hay necesidad de una nueva luz (la revelación especial) y de un nuevo entendimiento (iluminación a través del Espíritu). En rea-

7. *La Aproximación Cristiana a la Cultura* (New York, 1953), pp. 33, 46, 62, et al.

lidad Dios le comunicó su voluntad al hombre antes de la caída en el pecado, de manera que el programa de Dios les era conocido a nuestros primeros padres. Pero el pecado consistió en la rebelión del hombre contra la revelación autoritativa de Dios concerniente a la naturaleza de los eventos y las cosas. En su apostasía el hombre aceptó en su lugar la interpretación del diablo. Ahora, la Biblia sostiene que el hombre natural habita en oscuridad con respecto a su origen, llamado y destino. Por tanto, la Palabra es dada para presentarle al hombre caído el cuadro verdadero con respecto a sí mismo y su relación con Dios. El hombre debe aprender a darse cuenta quién era él en virtud de la creación, en quién se convirtió a través de la caída, y en quién se puede convertir por la gracia. En la relación pactal que llamamos religión, el hombre ha recibido un mandato cultural. Este nunca fue abrogado o abolido. En consecuencia es todavía válido para los quebrantadores del pacto que viven en rebelión, lo mismo que para los santos-pecadores, quienes ahora aman y sirven al Señor. Más allá de eso está el mandato misionero (la gran comisión) para todos aquellos que han sido restaurados para con el Padre, el llamado a predicar el Evangelio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todos los mandamientos de Cristo.

Entonces, que nadie suponga que el Calvinista quiere usar la Biblia como un libro de texto para la ciencia, el arte, la política o alguna otra faceta de la cultura diversificada del hombre. El profeta Isaías nos dice que el agricultor aprende a preparar su parcela bajo la directa instrucción de su Dios (Isa. 28:24-29), mientras que David confiesa que Dios prepara sus manos para la guerra (Sal. 18:34). El hombre no nece-

sita una revelación especial para adquirir las artes de la agricultura o de la guerra, las técnicas de la ciencia y de las artes; estas cosas son aprendidas de la naturaleza a través de la inspiración del Espíritu. Moisés testifica que Dios, por medio de su Espíritu, les había dado a Bezaleel y a Aholiab talentos especiales de habilidades y destrezas al preparar el tabernáculo en el desierto, quienes estaban a cargo de un grupo especial de hombres sabios de corazón, “en quienes Jehová había puesto sabiduría y entendimiento para saber cómo hacer toda la obra para el servicio del santuario, según todo lo que Jehová había mandado” (Ex. 35:30 – 36:8). Y así es con toda la perspicacia cultural del hombre; los dones de Dios no están restringidos a los elegidos sino que también son dados a los hijos de Caín. De hecho, la simiente de Caín sobresalió en el alcance cultural al mismo principio del tiempo en la historia de la humanidad, cuando los hijos de Lamec iniciaron la cultura impía que llenó la tierra con violencia antes del diluvio. En resumen, para dividir el átomo uno no tiene que ir a la Biblia en busca de información científica o técnica.

Por otro lado, el hecho de que la Biblia no sea un libro de texto de ciencia no debe ser malinterpretado. No significa que la Escritura no tenga nada que decir con respecto a la ciencia o de que no tenga autoridad en asuntos que atañen a la cultura en general. Pues la totalidad del empeño cultural del hombre debe recibir su significado de Dios, quien debe revelar aquel significado a los hombres. Es Dios quien, en su consejo eterno, ha pre-interpretado o destinado el significado de toda cosa creada. Ahora, es la tarea cultural del hombre pensar los pensamientos de Dios a la manera de Él como ya había señalado Agustín,

mediante el cual el hombre cumple su oficio de profeta, sacerdote y rey. Y el Calvinista cree que un procedimiento verdaderamente científico es inteligible solo sobre la proposición Cristiana de un creador soberano, quien se ha revelado a sí mismo a su criatura. Los principios de interpretación en operación en la ciencia y en toda la cultura o presuponen al Dios que se ha revelado a sí mismo en Su Palabra como Creador, Preservador y Juez final del mundo, o niegan, directamente o por implicación, el concepto escritural de Dios. Se reconoce que la ciencia trata con hechos, lo cual nadie negaría, no obstante estos no pueden ser separados de su interpretación. Es imposible pensar o discutir un hecho sin pensar sobre su relación con algo universal y con algún principio de interpretación. Entonces, la cuestión real, en toda filosofía de la historia y de la cultura, es qué tipo de universal puede proveer la mejor explicación de los hechos que son descubiertos y analizados. Es decir, ¿por cuál universal los hechos se tornan más significativos para el hombre como criatura religiosa y cultural? Y aquí nos vamos de regreso a la misma proposición discutida más arriba, a saber, la de la totalidad de significado y el problema del propósito en la cultura.

Debe afirmarse inequívocamente que dado que el Cristianismo es una religión histórica no es indiferente a los hechos de la ciencia y de la cultura. El creyente y estudioso Calvinista no halla reposo en una existencia compartimentada; busca la integración en la educación y en la vida. Nunca ha permitido la validez de la teoría de la verdad en dos niveles, en la cual lo que es cierto en cuanto a la religión puede no ser cierto científicamente. Su integridad intelectual no le permiten ir de la mano con la

mascarada liberal que niega la resurrección de Jesús de la tumba como un hecho físico y biológico mientras insiste en celebrar la Pascua de Resurrección con la iglesia de Dios, mientras espiritualiza el significado de la resurrección. En realidad, la resurrección de Jesús es una cuestión de hecho, un hecho sobrenatural, es decir, un milagro. ¡En este punto uno no puede escabullirse o equivocarse con impunidad! Pues uno no puede definir honestamente el milagro sin relación a la ley natural. La definición clásica de C. W. Hodge de que un milagro es un evento en el mundo exterior forjado por el poder inmediato de Dios va al punto. El Dr. Machen solía decir a sus estudiantes que un milagro suponía tanto la existencia del Dios del Teísmo como el orden regular de la naturaleza, involucrando las doctrinas de la creación y de la providencia. En un universo de casual un milagro sería una contradicción, y en consecuencia el modernista reduce el milagro a un evento casual en un universo dominado por la casualidad.⁸

La Biblia, para el Calvinista, tiene tanto autoridad histórica como normativa. Cree, primero que todo, que la Biblia es veraz en sus declaraciones de hecho; dice la verdad en los asuntos que registra acerca de Dios y su relación con este mundo y con los hombres. Ciertamente registra los hechos de la redención del hombre, que constituye la historia de los tratos de Dios con su pueblo pactal. La totalidad de la Arqueología y

8. Toda la discusión siguiente sobre hecho y presuposición es una reproducción de lo que he aprendido como estudiante de Apologética en el Seminario Teológico Westminster y puede encontrarse en las Notas de Clase mimeografiadas sobre *Apologética y Evidencias*, escritas y enseñadas por el Prof. Cornelius Van Til.

de las Evidencias bíblicas debiesen ser organizadas para confirmar este punto. Eso es claramente imposible dentro del limitado enfoque de este libro, pero los eruditos bíblicos ortodoxos han vindicado el carácter histórico de la Biblia.⁹ El Calvinista, junto con el apóstol Pablo, asume su posición sobre el carácter histórico del Cristianismo, el que solo puede ser determinado a partir de la Escritura. Pues Pablo afirmó con respecto a la resurrección de Jesús que si Cristo no ha resucitado, vana es vuestra fe; estáis todavía en vuestros pecados. Luego, aquellos que han dormido en Cristo, han perecido. Si tenemos esperanza en Cristo solamente para los asuntos de esta vida, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (I Cor. 15:17-19). Esto es contradicho directamente no nada más por los críticos extremos sino también por los evolucionistas convencidos como el Prof. Albright en su brillante obra, *De la Edad de Piedra al Cristianismo*. Su posición es la del empiricismo racional al tratar con los problemas históricos. Para él el aspecto sobrenatural del Pentateuco constituye un obstáculo para aceptar su veracidad histórica. Esta es la presuposición básica del Naturalismo evolucionista, que niega la intervención de Dios en los asuntos de los hombres y del cosmos. Con respecto a los milagros del Nuevo Testamento, dice “Aquí el historiador no tiene derecho a negar lo que no puede refutar.

9. Cf. O. T. Allis, *Los Cinco Libros de Moisés* (Filadelfia, 1943); R. D. Wilson, *Una Investigación Científica del Antiguo Testamento* (Filadelfia, 1926); James Orr, *La Visión Cristiana de Dios y del Mundo*, una reimpresión (Grand Rapids, 1954); G. H. Clark, *Una Visión Cristiana del Hombre y de las Cosas* (Grand Rapids, 1952); C. Van Til, *La Defensa de la Fe* (Filadelfia, 1955).

Tiene un perfecto derecho para revelar los claros ejemplos de charlatanería, de credulidad o de folklore, pero en presencia de misterios auténticos su responsabilidad es detenerse y no intentar cruzar el umbral hacia un mundo donde no tiene el derecho de ser ciudadano.”¹⁰ Con respecto a la cuestión del suceso de un milagro el Dr. Albright es un agnóstico confeso, dado que los milagros pertenecen presumiblemente a un mundo donde el científico no tiene ciudadanía; no puede ni afirmar ni negar su carácter basado en los hechos sobre la base de su cientificismo. Pero bien puede hacerse la pregunta: “¿Cómo puede el historiador develar milagros espurios, si el dominio total de lo sobrenatural se encuentra por fuera de su esfera?... La inconsistencia de esta posición se muestra también por el rol ridículo que le asigna al historiador. El historiador puede estudiar las coronas en el diente molar del gorila y compararlas con los dientes del *pithecanthropus erectus* con la visión de tender un puente en la brecha que se encuentra entre el hombre y los animales inferiores. Estas cosas se encuentran dentro de la esfera del historiador. Pero ‘el historiador no puede controlar los detalles del nacimiento y resurrección de Jesús y por tanto no tiene derecho a emitir un juicio acerca de su historicidad.’ ¿Qué podría ser más trágicamente patético, si esto fuese cierto? Los restos escasos del hombre de Java son evidencia histórica. Prueban que vivió y murió; y el evolucionista nos dice que murió hace 500,000 años. Pero la tumba vacía y los ángeles y las apariciones después de la

10. Citado por O. T. Allis en *Los Cinco Libros de Moisés* (Filadelfia, 1943), p. 248, de la obra de Albright *De la Edad de Piedra al Cristianismo*, p. 300.

resurrección y la ascensión desde el Monte de los Olivos, que establecen la verdad de las maravillosas palabras de Jesús que fueron dichas en la tumba de Lázaro, ‘Yo soy la resurrección y la vida,’ no son históricas. El historiador no puede tratar con ellas. Repetimos, ¿qué podría ser más patético? ¿Qué fiasco más grande que este podemos concebir? Los eventos más grandes y más trascendentales en la historia humana, si son ciertos, se declaran como no históricos. El historiador puede discutir la cuestión de si Sargón fue el hijo de Tiglat-pileser. Pero no puede discutir la cuestión de si Jesús nació de una virgen. Puede investigar la leyenda de los Siete Durmientes de Éfeso; puede investigar la cuestión de si Frederick Barbarossa está durmiendo en alguna caverna en las montañas y tiene aún que despertarse para liberar a los Germanos en su hora de peligro. Pero el asunto muchísimo más importante de si Jesús de Nazareth fue declarado el Hijo de Dios con poder por la resurrección de entre los muertos – esta cuestión la debe dejar sin contestar. Qué rol más humillante le asigna esto al historiador. ¡Los actos supremos de la historia no son históricos!” (*Ibid.*, pp. 249, 250).

Esta cita más bien extensa ilustra la presuposición anti-escritural de hombre como Albright al interpretar los hechos de la revelación. El Dr. Allis lo llama patético, pero la Biblia, que es la Palabra de Dios, habla de tal procedimiento por el cual Dios es negado como locura. Para el Calvinista los hechos de la revelación, la revelación especial tal y como se encuentra en las Sagradas Escrituras, son los hechos fundamentales que le proveen al creyente la presuposición de toda su cultura. Esta

presuposición de fe será discutida más plenamente en el siguiente capítulo, pero, sin la revelación objetiva de Dios la cual es una interpretación autoritativa del mundo creado, el hombre estaría en oscuridad e ignorancia con respecto a su verdadero destino y al significado de la historia.

Sin embargo, es adecuada aquí una palabra de precaución. Los liberales podrían acusar a los conservadores de ser literalistas hasta el punto del absurdo. Pero hay principios para la adecuada interpretación de la Escritura, reconocidos por eruditos de renombre, que fueron introducidos por Calvino y sus seguidores. Simplemente porque los conservadores creen que la Biblia es la Palabra inspirada de Dios no significa que ya no sean capaces de distinguir el estilo de la poesía, el simbolismo en la profecía, o el uso de las figuras de lenguaje. Hay una gran diferencia, por ejemplo, en la simple prosa del informe del cruce del Mar Rojo en el capítulo catorce del éxodo y su descripción poética en el siguiente capítulo. En el primer capítulo se dice que Dios hizo volver atrás las aguas con un fuerte viento del este, mientras que el siguiente capítulo habla de Dios juntando las aguas en montones con el soplo de su aliento. Esto es imagen poética, pues Dios no tiene orificios nasales o apariencia corpórea. La prosa sencilla, didáctica, del Señor Jesús al enseñar a sus discípulos con respecto a la segunda venida difiere grandemente del simbolismo de Apocalipsis veinte, donde la serpiente es descrita como siendo atada por un ángel que lleva una cadena. Ahora, tanto ángeles como demonios son criaturas espirituales y la serpiente deslizante que es atada con una cadena es una imagen. Esto es lenguaje pictórico que ningún erudito bíblico sobrio interpreta

literalmente. Sin embargo, el sentido llano es, que Dios le dice a su iglesia, para su consuelo, que las furias de Satanás se hallan bajo su control (véase el libro de Job). Es más, cuando el liberal de la vieja o de la nueva escuela quiere en realidad usar la Biblia para sustentar un punto de ética, por ejemplo, toma la Biblia literalmente, sea que acepte o rechace su autoridad como la Palabra de Dios.

Pero, después de haber dicho todo esto, debe enfrentarse el hecho de que algunos de los hechos de la revelación no tienen significado normativo, aún cuando son históricamente dignos de fiar. Creemos que la Biblia relata correctamente los pecados de los santos, las palabras del diablo, y nos proporciona un registro de las leyes civiles y ceremoniales que prevalecían en la teocracia. Nos cuenta que Jacob, David y Salomón practicaron la poligamia. Pero eso no es normativo para nuestras vidas. La Biblia enseña claramente el carácter monógamo del matrimonio.¹¹ Aunque mucho de la legislación de la ley y una buena parte de los profetas atañe a la economía de Israel, eso no quiere decir que la totalidad del Antiguo Testamento esté fuera de aplicación para el creyente del Nuevo Testamento. Cristo aceptó la autoridad de la Ley, los Profetas y los Salmos, citándolos indistintamente como la Palabra de Dios, la cual no puede ser quebrantada. Sin embargo, aunque Cristo no abrogó la Ley, es claro a partir de los escritos de Pablo y de la epístola a los Hebreos que el sistema sacrificial de la Antigua Dispensación, el tiempo de las sombras, ya ha pasado. Pero la perdurable ley moral y los principios religiosos del

Antiguo Testamento son aplicados por los escritores del Nuevo Testamento. Un ejemplo de tal principio perdurable puede deducirse del mensaje de Jehová a Josafat, rey de Judá, quien había hecho una alianza con el malvado Acab. El profeta de Jehová encontró al rey a su regreso a Jerusalén con estas palabras, “¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová?” (II Crón. 19:2). Otro ejemplo se halla en los Salmos imprecatorios, en los que la forma es claramente aplicable solo a la antigua dispensación, pero la sustancia es esencial a la totalidad del mensaje bíblico. Pues la Biblia es totalmente consistente cuando nos llama a la gran batalla espiritual entre las tinieblas y la luz, la simiente de la Serpiente y la de la Mujer, el mundo y la iglesia. Sin embargo, en la Antigua Dispensación Samuel cortó a Agag en pedazos en la presencia del Señor (I Sam. 15:33) y Elías mató a los profetas de Baal por la palabra de Jehová (I Reyes 18:36), en obediencia a la ley de Moisés, que prescribía la pena de muerte para los idólatras. Pero cuando Cristo vino al mundo le dijo a Pedro que envainara la espada. Él le respondió a Pilatos que su reino no era de este mundo, pero que todos aquellos que fuesen de la verdad escucharían su voz; por tanto, le dio a sus seguidores la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. La descripción de Pablo de la armadura de Dios, aunque describe la armadura física, no obstante es espiritual en contenido puesto que el guerrero de Dios lucha con la verdad, la fe, la salvación, el Evangelio y la Palabra de Dios (Efe. 6:10-16).

Por lo tanto, la batalla ya no es física, contra carne y sangre como en el caso de David, quien peleó contra paganos incircuncisos, sino que es espiritual, “contra

11. Cf. John Murray, *Principios de Conducta*, (Grand Rapids, 1957), cap. III.

huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efe. 6:12). “Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta” (II Cor. 10:3-6). Ahora, la sustancia de los Salmos imprecatorios es el gozo del pueblo de Dios por la derrota de los enemigos de Dios, y su odio contra los que hacen maldad.¹² Y aquellos que desaprueban la terminología guerrera al hablar de la relación del Cristiano para con el mundo están en peligro de perder de vista la gran batalla que existe entre los dos reinos. Pero más sobre esto se tratará en el capítulo trece.

Entonces, este es el resumen que los Calvinistas sostienen, que la Biblia es la Palabra de Dios y digna de confianza como un registro de eventos. Además, es la interpretación autoritativa de la realidad, el mundo creado, del hombre y su destino, y del significado de la historia. Y la Palabra de Dios es la única revelación del camino de la salvación del pecado a través de la muerte vicaria y expiatoria de Cristo. Es normativa para la fe y para la conducta. Contiene tanto el mandato cultural para la humanidad como el mandato misionero para la iglesia. No compromete al creyente a la teoría pre-Copérmica del sistema solar, pues cuando la Biblia habla del sol como

saliendo y poniéndose, habla en lenguaje ordinario el cual es usado aún por los modernos más sofisticados, pero todos reconocen que esto no se supone que es científicamente exacto. La Biblia es principalmente un libro religioso, pero, como se dio a entender antes, esto no hace que sus pronunciamientos en la esfera de la ciencia sean superfluos. Sus verdades no son irrelevantes a los descubrimientos de la ciencia, pues toda verdad es una. Es la tarea cultural (religiosa) del hombre, como portador de la imagen de Dios, armonizar las verdades separadas de las ciencias, de manera que el hombre como profeta pueda pensar los pensamientos de Dios a la manera de Él, y como sacerdote pueda adorar la sabiduría del creador, y como rey el hombre pueda reproducir a cultura que refleje la gloria de Dios.

12. Cf. Johannes G. Vos, “El Problema Ético de los Salmos Imprecatorios” en el *Westminster Theological Journal*, IV, 2 (Mayo, 1942), pp. 123-38.